

## WIGHT YA NO ES WIGHT; ¿SE ACERCA EL FIN DE LOS GRANDES FESTIVALES DE MUSICA «POP»?

**C**UANDO el cuerpo cansado de Kerouac se saturó de recorrer mundo, soportar mugre, ingerir alcohol y de escribir novelas, algunas de gran calidad literaria, se pasó a la otra vida. Había muerto Jack Kerouac, el padre de la «beat generation». De su muerte sólo se enterarían un escaso número de sus amigos, los periodistas y algunos escritores. Sus huéspedes, los de la «beat generation», tal vez ni se acordaban de que formaron parte de ella, de que pertenecieron a una fase evolutiva de una determinada juventud de posguerra; a un grupo de jóvenes, muchos de ellos ya mayores, que se encargaban, sin saberlo, de dar una proyección americana a la angustia del Barrio Latino y merecer la atención curiosa y escandalizada de la «honorable sociedad», así como sus críticas, que en aquel entonces se centraba sobre ese salvaje producto de guerra cuyos apellidos de «bluson noir» o «teddy-boy» han engrosado el número de barbarismos en todos los idiomas, quedando el género como un elemento más de nuestra sociedad de consumo. Y es que cuando Jack murió, el alcohol estaba superado por la droga, y la literatura se dejaba olvidada por el «rock». —Jimí Hendrix moría poco tiempo después, en el barrio londinense de Notting Hill Gate, tras jalarse el tubo entero de pastillas para dormir en una de sus frecuentes depresiones provocadas por la droga; los festivales de música constituían ya un elemento más de la cultura «pop». La «beat» había cristalizado en lo que se dio en llamar fenómeno «hippy»; hoy, tras el análisis del movimiento, con el ya generalizado y malsonante apelativo de «anticultura».

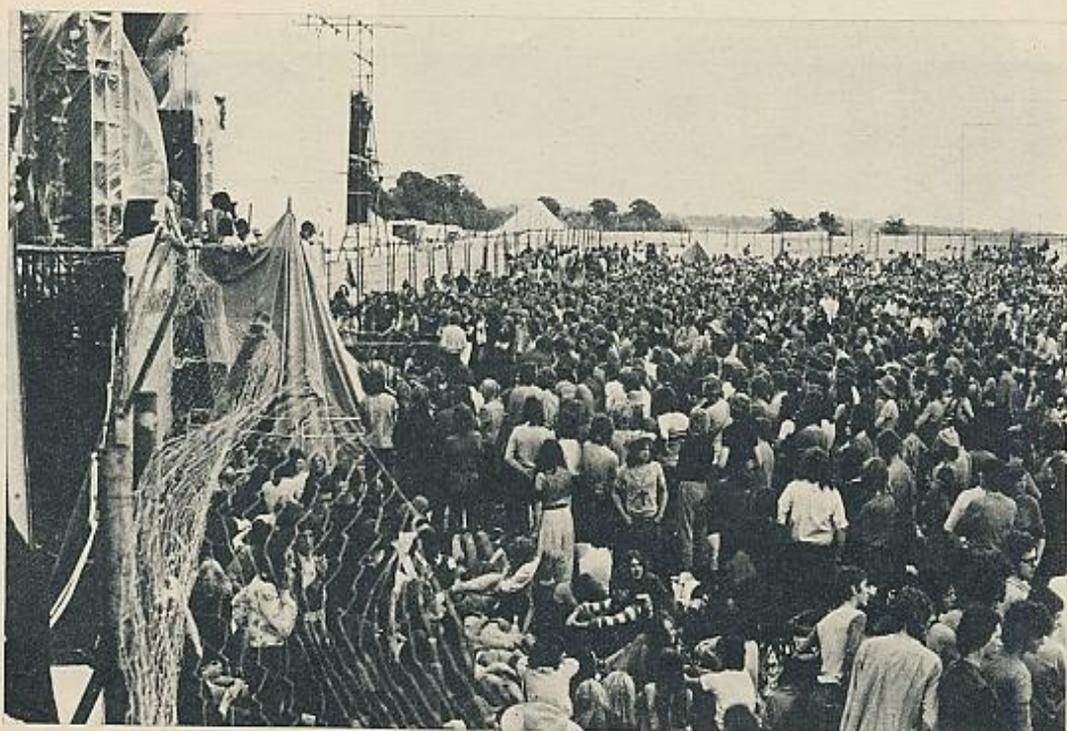
### Los festivales y las drogas

El fenómeno «hippy», parco en ideas y formulaciones concretas, tendrá que sustentarse en unos puntos de apoyo mínimos: sobre todo, cuando se percata de que esa sociedad que ellos rechazan integra en su medio ambiente su arte —en Carnaby Street es difícil toparse con un «hippy», y los que pululan por Picadilly, hartos de serlo, se han convertido en avisados comerciantes—. La droga y los festivales constituirían esos pilares. El ácido les entretendrá en sus horas muertas y los festivales la ocasión para intercambiar ideas. Cuando el festival finaliza y el escenario se encuentra a solas con la basura de los tres días de ininterrumpida música, prosigue la ósmosis en el camino hacia la próxima concentración.

Pero en este último verano los largos han acudido a su cita con el sol, no así los «hippies» a la isla de Wight.

### Por la ruta del «rock»

Desde junio del 67, fecha del primer festival organizado en Monterrey, han sido varios millones de jóvenes los que, en las más pintorescas formas de viajar, acudían al medio centenar de festivales celebrados desde entonces. Sería el de Woodstock, con su lema de paz, amor y música, donde se proclama la «constitución» de este tipo de acontecimientos. El referendo vendría poco tiempo después en Wight;



En los últimos gigantescos festivales «pop» se ha dejado sentir el deseo de acabar con este género de

# POR LA RUTA DE LO

incluso en el mundo de la cultura «pop». Europa actuaba, una vez más, como la voz de la experiencia. Mas, en el verano pasado, los habitantes, así como sus ocasionales huéspedes: pensionistas y turistas de la isla madre, no tuvieron que temer en el largo «puente» del mes de agosto. Las autoridades locales, cansadas de los dolores de cabeza de los dos anteriores, daban su negativa muy a pesar de los dos promotores que solicitaron el correspondiente permiso; a uno de ellos serían los Tribunales quienes le disuadieron.

Weely, un pueblito turístico a varias horas de tren de Londres, sería el encargado de sustituir a Wight. Con él se cerraría apoteósicamente la temporada; trescientos mil asistentes contra los cien mil que los cálculos anticiparon.

Excepto los grandes mitos del «rock», en Weely se concentró lo más florido del «hippismo» europeo; así como sus incordiadores. Los Angeles, en pantalones y chaquetillas vaqueras materialmente ocultas por los más extravagantes y raros adornos, con sus cruces gamadas al cuello y su fortaleza física y su cretinez.

### ¿El declive de la «rocktopía»?

En los dos gigantescos festivales «pop» celebrados en Wight, junto a la paz, la mugre, el amor y la droga

se dejó sentir el deseo de acabar con este género de espectáculos. Naturalmente motivado por una serie de incidentes y actitudes conocidas de antemano, ya que forma parte de la estructura mental de estos jóvenes, contrarias, se dice, a lo que el sentido común aconseja. Incluso el mismo movimiento «hippy» mostraba su descontento ante la manipulación de que eran objeto por parte de la industria discográfica y los propios promotores del festival. Todos estos hechos han precipitado la opinión de que la «rocktopía» ha entrado en su fase descendente. Aunque, en lo que podríamos calificar como modestos festivales del verano pasado en Europa —San Francisco necesita de la confirmación europea en sus tendencias culturales—, si bien no han acudido los ídolos hechos mitos de la canción «pop», sí ha acudido puntualmente su público y los promotores.

Abrió la temporada la pequeña villa de Glastonbury, en el condado inglés de Somerset. La reunión estaba organizada por el señor Kerr, uno de los componentes del equipo investigador que trabajan en la biografía de sir Winston Churchill. El señor Kerr cree en las fuerzas celestiales de los astros, derramadas a manos llenas durante los primeros días del solsticio de verano. Así que montó un escenario para interpretar música, construyó su pirámide a escala de la Gran Pirámide, dio publicidad al asunto e invitó a la nieta de sir Winston, Arabella, a comer sopa y hamburguesas

con cebolla y a esperar que las válvulas que poseen los astros, llamadas «bling springs» soltasen sus energías vivificadoras.

—Intentamos concentrar los fuegos celestiales e introducirlos dentro de nuestro planeta, para así estimular la vida. La idea se me ocurrió poco tiempo después del festival de Wight, en el verano pasado: usar el nuevo fenómeno de la cultura «pop» para hechos constructivos.

Mister Kerr es amigo de los «hippies» y quería ofrecerles una ocupación, aunque sólo fuese mirar por unas horas hacia la Luna, el Sol o la Osa Polar.

### Un elemento positivo

Sin lugar a dudas, los festivales «pop» constituyen la aportación más positiva del «hippy» a esta sociedad que, muy a pesar suyo, existe regida por unas leyes y costumbres, a veces ilógicas. Durante tres días, cientos de jóvenes se dedican a conversar en un lenguaje que dicta los conjuntos a través de los potentes equipos estereofónicos. Diálogo del que surge una actitud tan absurda como utópica. Afirmaba un comentarista musical de las muchas revistas «underground» que estos jóvenes leen con verdadera pasión, que «Mick Jagger es fascinante, porque explora áreas mentalmente peligrosas, tanto dentro



espectáculos; la «rocktopía» ha entrado en su fase de descenso.

# S FESTIVALES

como fuera de su música». No nos atreveríamos a corroborar una afirmación tan subjetiva, pero es innegable que tanto Jagger, Hendrix cuando vivía, y todo el resto de los mitos-intérpretes de la música «pop», han sabido dar con esa actitud. Nada más absurdo que esas posturas y contorsiones durante la interpretación, que en cantantes y conjuntos de segunda fila se convierten en el ridículo más espantoso e insoportable, y en aditamento esencial de la actuación, cuando el que canta es el ídolo consagrado.

Una parte de esa actitud colectiva se dedica al capítulo de repudio del sistema de valores y conceptos que la sociedad ha ido construyendo a través de su historia. Buena prueba de ello nos lo ofrece un curioso caso: el juicio seguido contra los tres jóvenes e inteligentes editores del semanario «Oz» por inmoralidad en el pasado verano, en Londres. Consiguieron poner en duda, más que como un ardid defensivo, como un serio y directísimo ataque al sistema judicial, el concepto establecido de pornografía. Tal como las leyes lo entendían no tenía validez ninguna en nuestro momento actual. Acusación contra los acusadores que llegó a tener su impacto, ya que por aquel entonces el Parlamento británico tenía encargado a una comisión, presidida por lord Longford, una investigación sobre la pornografía en Inglaterra. Por cierto, que el señor Longford se dio una vuelta por las sa-

las de «strip-tease» suecas, con el fin de conocer si en dicho país la libertad había vencido el sarampión de la «porno» o, por el contrario, convenía sujetar las bridas. El señor Longford confesaría a su regreso a los periodistas que se había salido de varios espectáculos antes de que finalizasen, más que por pudor, por desagradables; no obstante, elogió los evidentes éxitos del sistema sueco en resolver el reto del nuevo concepto de moralidad.

Ciertamente, nos encontramos con una postura difícil de analizar, ya que habría que poner de acuerdo una serie de conceptos. Cuando se les apuró y se consigue que concreten sus ideas, ellos, los «hippies», afirman que son los herederos de esa minoría que durante toda la Historia de la Humanidad han luchado por liberar al hombre de la esclavitud de las estructuras sociales. Para ellos, tanto Buda como Jesucristo, fueron típicos contestatarios. Aunque la mayoría, más vivenciales que libresco, no llegan a tales razonamientos. Es la causa por la que les importa un comino los films de Verhol, que dejan para universitarios inquietos, intelectuales progresistas y sexomaníacos, y se van a guardar cola para presenciar «Woodstock», filmación a modo de documental del festival del mismo nombre.

Es el mundo inconcreto de los «hippies» difícil de atrapar en unos conceptos que, no sin razón, ellos tachan de manidos. ■ R. MORALES P.

LEA EN

**índice**

**CRISIS EN  
EL PARTIDO  
COMUNISTA  
ESPAÑOL**

**UNA IZQUIERDA  
EN LA IGLESIA  
CATOLICA**

**CÓMO Y PORQUÉ  
LA "CIA" MATÓ A  
TRUJILLO**

**índice**